

LA PASION CIVILIZADORA DE SARMIENTO

Una intensa pasión civilizadora impulsó la vida sin descanso de Sarmiento. Esa fué la ley de su existencia esclarecida. Amó hondamente a su patria y ni la pobreza, ni la prisión, ni el destierro, ni la ausencia de largos años debilitaron ese amor. Vivió para engrandecerla y así se enalteció. Pudo engrandecerla porque su pasión fué aliada de su genio extraordinario y de su poderosa voluntad. Fué uno de los grandes constructores de la República. Destruyó de un modo implacable atrasos y rémoras profundas y trabajó con inagotables energías por el progreso y la organización del país y por la civilización de América.

Su obra, enorme y variada, y su vida, sin reposo ni fatigas, guardan una rigurosa unidad, y ella se muestra en su ardoroso afán civilizador. Las ilusorias contradicciones de su existencia no son más que las apariencias con que suelen engañarnos los grandes hombres, de acción profusa y multiforme como Sarmiento. Los grandes hombres son grandes porque están regidos por una ley dominante que se cumple ineludiblemente en todos sus actos y momentos. Esa ley es un lecho por donde corre y se desborda su carácter y su genio. ¿En qué acto o en qué época de su vida no fué Sarmiento, esencialmente, un civilizador? Civilizar fué su profunda e inalterable vocación. Su vida fué una lucha apasionada por arrancar las raíces de la barbarie y encender resplandores que se

ñalaran la dirección al movimiento del país. Es un rebelde contra todas las formas de la vida primitiva; contra la ignorancia y la inercia que engendran la miseria, y contra la sociedad sin orden que conduce al despotismo y a la tiranía. Vió en el caudillismo de su época un factor de retardo político y social. Por eso lo combatió terriblemente y sentía orgullo de ello. “Todos los caudillos llevan mi marca” dijo más tarde, con énfasis, en el Senado. Acaso, la lucha le impidió reconocer que muchos de ellos defendían de un modo espontáneo, con un fuerte sentimiento local, conceptos que él después sustentó en nombre de principios institucionales en luminosos debates parlamentarios y políticos. No admitía sino al hombre de trabajo e ilustrado, y que vive, por lo tanto, de acuerdo con las costumbres y normas de la civilización. Por eso combatió, también, el desierto, los campos desolados. Bregó por el trabajo y la cultura, fuentes de la libertad — de la libertad económica y de la libertad intelectual — sin las cuales se altera la vida civilizada. Fué la suya una vida de trabajo y de espíritu; él, personalmente, fué obrero manual y obrero del pensamiento. En Valparaíso, como dependiente de comercio, y en Copiapó, como capataz minero, alternaba esas ásperas actividades con la lectura en inglés que traducía de Walter Scott o la enseñanza del alfabeto a sus rudos compañeros de oficio.

La pasión civilizadora está siempre presente en Sarmiento: en el adolescente, en el proscripto, en el maestro, en el escritor, en el sociólogo, en el periodista, en el político y en el estadista. Es una lámpara perpetuamente encendida. Ilumina sin decaer. Su espíritu docente es continuo, infatigable. Lo descubre de niño, cuando la pobreza le impide seguir estudios en Buenos Aires y acompaña a San Luis a su tío Don José de Oro, sacerdote rarísimo y bizarro, que tantos rastros morales grabara en su espíritu y para quien su gratitud le dicta más tarde una de las páginas más emocionadas de *Recuerdos de Provincia*, por haber salido “de sus manos — como dice — con la razón formada a los quince años, valentón como

él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un ángel, con nociones sobre muchas cosas, y recargado de hechos, de recuerdos, y de historias de lo pasado y de lo entonces presente, que me han habilitado después para tomar con facilidad el hilo y el espíritu de los acontecimientos, apasionarme por lo bueno, hablar y escribir duro y recio...”.

En San Francisco del Monte, a los quince años de edad, siente Sarmiento el despertar de una vocación que no lo abandonará en el resto de su existencia borrascosa: enseñar a leer y escribir, a elevar la inteligencia y a dignificar la vida por la nobleza de las acciones. Su don pedagógico es el impulso que lo mueve; es la estrella que lo llama. Suave o violentamente, Sarmiento es un maestro de escuela frente a los niños, o un civilizador desde el periodismo, el libro o el gobierno frente al cuadro ominoso del país. Nada distrae su pasión civilizadora; cuando ella lo impulsa no hay miedo ni obstáculos. A ella obedecen sus tareas pedagógicas de Santa Rosa de Los Andes, durante su primer destierro; y más tarde, al volver a San Juan, con su aporte decisivo en la fundación y en la enseñanza del Colegio de Santa Rosa, escuela y pensionado para niñas, empresa temeraria en esa época en que se creía que la educación de la mujer eran extravagancias de utopistas como Rivadavia; viejo proyecto de su tío Fray Justo Santa María de Oro, a quien la muerte no le permitió realizar.

Se muestra vibrante y enérgica su pasión en *El Zonda*, a cuya sombra cobijó un grupo intelectual, filial de la “Joven Argentina”. En sus páginas la pluma viril de Sarmiento fustigaba costumbres y opresiones. Abominaba a Rosas, dueño absoluto del país. Conoció enseguida la persecución y la cárcel, y estuvo a poca distancia de la muerte. Recuerda en uno de sus libros que hasta el calabozo llegaron seis u ocho niñas del pensionado para recitarle sus lecciones. Fueron las últimas, porque partió para el destierro, arrojando sobre el despotismo reinante su apóstrofe civilizador: “Bárbaros, a los hombres se degüella; a las ideas no”.

La pasión civilizadora arde en su alma de desterrado. Durante su segundo y prolongado exilio prosigue la lucha tenaz contra Rosas. No tuvo el tirano enemigo más violento ni más terrible ni le preocupó ninguno de sus detractores tanto como él. Su propaganda subversiva lanzada desde Chile invade el extenso territorio de su patria. Escribe artículos candentes en *El Mercurio*, y su campaña culmina con la aparición de *Facundo* en 1845, su libro inmortal, donde describe la pampa, pinta las montoneras, refleja costumbres de la vida campesina y evoca a Rosas y a Quiroga con rasgos tremendos e imborrables. Fué este libro un golpe certero contra el tirano y un clamor de la civilización contra la barbarie.

La pasión civilizadora le priva del reposo. “Es mi vida entera un largo combate — dice en *Mi defensa* —, que ha destruído mi físico sin debilitar mi alma, acerando y fortaleciendo mi carácter”. Cuando no se defiende, ataca. Vive en el estudio intenso de ciencias, historia, idiomas, y en lecturas interminables y profundas de maestros del pensamiento universal del pasado y de la época. En el estudio se arma. Libra batallas intelectuales, polémicas literarias. Es famosa su discusión con Andrés Bello, éste, purista, en defensa de los modelos clásicos; Sarmiento, a la cabeza del modernismo, está del lado de la libertad literaria, menos preocupado de la forma que del fondo. Su posición en la polémica es un reflejo auténtico de todo su ser. En agrios debates defiende después el romanticismo y propone reformas ortográficas.

Su pasión lo lleva resueltamente a una intensa actividad educacional. Cumplió una amplia y extraordinaria misión educativa en Chile y en su patria. Fiel a la tradición de mayo, no reconocía otra soberanía que la del pueblo. Al pueblo había que alejarlo de la montonera y capacitarlo para el ejercicio de las instituciones republicanas. El ideal democrático se convertía así en un problema moral, un problema de educación. Por eso “educar al soberano” es la fórmula que inscribía al frente de su cruzada civilizadora, sin igual en la historia de nuestro continente; *Educación popular* su libro predi-

lecto, no por reunir méritos superiores a los otros, sino porque constituye el programa central de su denodada empresa, editado en 1849, después de sus viajes por Europa y Estados Unidos, que tan honda repercusión tuvieron en sus ideas políticas y pedagógicas, y bajo la influencia de una amistad histórica. Su profunda vinculación con Horacio Mann, el apóstol de la educación norteamericana, exacerba aún más su acusada vocación civilizadora. Sostiene con ahinco que, mucho más que la alta cultura, necesaria en la vida de un pueblo, interesaba a una democracia naciente el desarrollo de las primeras letras. Abarca toda la extensión del área popular y abre caminos para la vida. La escuela primaria es uno de los puntales de la organización política y jurídica del país. Esa fué su decidida persuasión. Por eso Sarmiento está presente en el proyecto de Montt, en Chile, en 1849, que no llegó a ser ley, e inspira nuestra legislación de 1884. Cree que la escuela primaria reformada en sus métodos y sistemas, integral, obligatoria, gratuita, desarrollada en un ambiente de franca neutralidad religiosa, es la que se requiere en un país democrático, poblado por fuertes masas inmigratorias, de opuestas razas, creencias y tradiciones. La escuela sería así, también, el órgano destinado a infundir el espíritu de nacionalidad en las nuevas generaciones. Por eso propugna su difusión y la formación especial del maestro. Publica continuamente libros, folletos y artículos acerca de fundamentales reformas didácticas. No es solamente el apasionado por la propagación de la instrucción primaria. Posee las dotes, el saber y la experiencia habilitantes para la dirección técnica, y su tarea en ese plano está animada por un fuerte sople renovador. Declara guerra a muerte al viejo método "la letra con sangre entra".

Su pasión no tiene tregua. Carece su vida de instantes que no exteriorice ideas o hechos valiosos. Es que esa generosa pasión de Sarmiento no vivía quemándose solamente. Como una llama que nunca se extingue recibía el estímulo de soplos potentes y fecundos. Su segunda estada en Norte-

américa, más que la de un diplomático, es la de un estudioso infatigable, observador de nuevas costumbres sociales y políticas e investigador de la educación. Publica un extenso informe sobre las escuelas norteamericanas, que impresiona a los educadores de aquel país. Allí corre su vida influida por contornos superiores, distante de luchas amargas como las que sostuvo en Chile o en Buenos Aires. La esposa de Horacio Mann, que lo admiraba, tradujo *Facundo* al inglés. Trata a Emerson, el filósofo y moralista de mayor envergadura del Norte, y a Longfellow, el preclaro poeta. Se cuenta que Ticknor, hispanista ilustre, autor de una de las mejores historias de la literatura castellana, lo buscó tres días para estrecharle la mano y celebrar sus producciones literarias. Es llamado a hablar ante una asamblea de maestros norteamericanos. El humilde preceptor de la escuelita de Santa Rosa de los Andes, ocupa con éxito resonante altas tribunas universitarias y académicas. Su largo peregrinaje de autodidacto, la honda sabiduría con que los libros y las vicisitudes de la vida enriquecieron su espíritu, fueron consagrados un día por él mismo con el título de “doctor montonero”, ante la pregunta de Don Pedro II, el ilustrado Emperador del Brasil; y en efecto, como pocos argentinos penetró en la honda realidad social de su época, donde la montonera sobresalía. La Universidad de Michigan rinde homenaje a su saber y a su genial inteligencia. Indescriptible fué su asombro cuando se vió incluído en una tarjeta de cincuenta y tres figuras notables de los Estados Unidos o residentes en ese país. Juana Manso, que admiró con entusiasmo a Sarmiento, lo presentó en 1867, antes de llegar a la Presidencia, mientras ejercía nuestra representación en la República del Norte, como el hombre-guía señalado por la Providencia para proseguir y consumir la obra de la Revolución y el pensamiento liberal de Moreno y Rivadavia.

Aquí en su patria presta, hasta en los días de su vejez, inolvidables servicios oficiales a la educación común. Al asumir el Gobierno de la Nación, en 1868, encuentra 30.000 ni-

ños en las escuelas, y al término de su mandato, en 1874, deja 100.000. Esfuerzo ejemplar, sobre todo con referencia a ese período lleno de obstáculos y adversidades: revoluciones, asesinatos políticos, atentados, epidemias, inundaciones, dificultades internacionales y oposición tenaz e implacable. Y a ello se suma la estrechez económica y la falta de maestros. Su temple y su visión superior vencieron. Fundó escuelas, ayudó a las provincias con subvenciones para instrucción primaria e instituyó premios considerables a las que se destacaran en ese orden de la administración. Creó las primeras escuelas normales para formar maestros y confió su dirección, en muchos casos, a aquellas esforzadas educadoras norteamericanas, cuyos nombres y obras, ejemplos de consagración, pertenecen ya a la historia de la educación argentina. Revive una honrosa experiencia: en 1842 fué en Santiago de Chile el Director fundador de la Escuela Normal de Preceptores, la primera de Sud América y la segunda del continente. La enseñanza primaria es su obsesión de gobernante (1). Acepta dirigirla después de haber sido Presidente de la Nación porque no hay para él distinción más alta. El de maestro es su mayor título. Está por encima de otros méritos extraordinarios. Un día de junio de 1869, siendo Presidente, y en momentos en que la oposición ardía en debates contra su política y su gobierno, llega a la tumba del maestro Peña, un venerable maestro de escuela, a quien la gratitud de sus discípulos rendía conmovido homenaje. Allí, en ese acto piadoso, Sarmiento dió, como maestro, una nueva lección. ¡Práctica y profunda lección de conducta! Expresó en su discurso que no todos los

(1) El mismo reconoce esa noble obsesión suya, que algunos califican de manía, y la explica así: "se ha dicho que la educación es mi manía. Las manías han hecho del mundo lo que es hoy. Manía fué la libertad para pueblos que, como el inglés, la conquistaron en siglos con su sangre; manía fué la independencia, en la generación que nos precedió, hasta dejárnosla asegurada. Solo cuando una grande aspiración social se convierte en manía, se logra hacerla hecho, institución, conquista". — D. F. SARMIENTO. *Obras Completas*. Volumen XXI.

presentes estarían de acuerdo en el modo de estimar sus actos de gobernante, pero que cualesquiera fuesen sus disidencias, había un punto en que él aseguraba el acuerdo de todos; “y es — dijo — que estoy bien aquí al borde de esta tumba, y que mi presencia en este acto ayuda a honrar a un maestro”. Estaba siempre preparado para responder al llamado de los maestros y ocupar un lugar junto a ellos. “Hay honor para el maestro, hay gloria para los que lo honran” — agregó en esa ocasión. Se sentía siempre honrado con un modesto título que no todos buscan para honrarse. “Yo no soy escritor si quiera; — expresa en otra página — soy un maestro de escuela y nada más”. Que un maestro de escuela llegara al mando supremo era un hecho tan inusitado en las naciones sudamericanas, que Laboulaye, en Francia, lo señaló con sorpresa (2). Durante treinta años propagó con fervor su idea-

(1) En 1868, cuando fué elegido Presidente, Eduardo Laboulaye, publica en Francia, en el “Journal des Débats” una extensa biografía de Sarmiento, y el comentario siguiente: “No tengo la pretensión de combatir la ignorancia general sobre todo lo que pasa en países lejanos. Pero me atrevo a pedir una excepción en favor del nuevo Presidente de la República Argentina. Es una figura original a quien no falta ni energía ni grandeza. Se lo ha elegido Presidente, aunque ausente de su país; sus méritos, los servicios que ha prestado a su patria, han hecho su elección. Lo que podrá realizar como Presidente no podremos decirlo, puesto que hay todavía muy pocas escuelas en el Plata para responder del porvenir. Más, si ningún obstáculo viene a estorbar un poder tan honradamente adquirido, puede creerse que la Presidencia de Sarmiento será fecunda para la República. Partidario de la civilización y de la libre navegación de los ríos, el nuevo Presidente no tendrá dificultades con Europa. Enteramente consagrado a la educación, convencido de que solo la agricultura puede civilizar o pacificar al país, no omitirá medios para asegurar la paz y la prosperidad internas. En un tiempo en que se oye, por todas partes, el ruido de las armas, en que la Europa está en vísperas de volver al furor y a la barbarie de todos los combates, es un consuelo ver en las orillas del Plata a un pueblo que se honra a si mismo eligiendo para su jefe a un maestro de escuela. He ahí, dirán muchos, un sueño que no podrá durar. Sea; pero ojalá pudiéramos soñar así también nosotros y nunca despertar”.

rio pedagógico que encierra la visión integral de un régimen de educación popular y sus problemas políticos, financieros y didácticos. Esa organización que el país adoptó ha resistido inmovible la prueba de cincuenta años de continua experiencia y ha documentado en hechos palpables sus resultados fecundos. La imagen de la escuela le cubría la visión del país. “Necesitamos hacer de toda la República una escuela” — decía.

Pero la pasión civilizadora lo llevó más lejos. Lo impulsó hacia otros problemas y exigencias de la vida argentina: propugnar la educación de la mujer, crear instituciones para el desarrollo de la cultura general, estudios técnicos elementales y superiores y el cultivo de la ciencia. El apóstol de la escuela primaria, fué también fundador de colegios nacionales y escuelas especiales de minas, agricultura, del Observatorio Astronómico de Córdoba, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, y Academia de Ciencias de esa ciudad. Llama al país a veinte sabios, algunos, como Gould y Burmeister, de renombre universal. El primero estudió la vía lactea en la región de nuestro hemisferio. Alentó a Ameghino en sus primeros pasos de investigador y lo saludó como un astro de la ciencia. Expuso las ideas de Darwin, con motivo de la muerte del sabio y narró la vida de Muñiz, el primer naturalista argentino. Sentía fuerte inclinación por la observación de la naturaleza y la dilucidación de sus problemas. El estudio de la ciencia, aparte del adelanto que significa para el saber puro, conduce a la aplicación y al progreso de la industria. Llevaba imborrable en su espíritu el cuadro de la grandeza técnica de los Estados Unidos. Instala museos de mineralogía y gabinetes metalúrgicos, funda el Colegio Militar y la Escuela Naval para preparar los oficiales del Ejército y la Armada de acuerdo con métodos científicos y europeos. Hace construir los primeros acorazados y crea el Arsenal de Zárate. Amante de la paz, perfecciona las fuerzas armadas, para seguridad y previsión; suprime las revueltas internas y propicia el arbitraje en la solución de conflictos con otras naciones. Su Mi-

nistro de Relaciones Exteriores proclama la fórmula “ la victoria no da derechos”. Entran en su programa civilizador impulsar la creación de ferrocarriles, telégrafos, del primer cable transoceánico, parques, puertos, puentes y caminos. Hay que conocer y dar a conocer la realidad del país. Patrocina y asiste a la primera Exposición Nacional de Córdoba, ensayo precursor de las muestras de la producción natural e industrial que periódicamente denuncian nuestro poder económico. Infunde optimismo, no con el anuncio de ilusorias posibilidades, sino con la exhibición de lo que es fácil alcanzar mediante el trabajo y con las obras de civilización que somos capaces de acometer con éxito (3). Hace levantar un censo y prepara el mapa de la República. Tranquiliza las poblaciones frente a la amenaza de los indios y dicta la ley orgánica de territorios nacionales.

Crea progresivamente las condiciones necesarias para la realización de un plan colonizador. El desierto es aliciente para la persistencia de la barbarie. No favorece la fijación del hogar ni el derecho de propiedad, y permite, en cambio, la invasión y el apoderamiento arbitrarios. La resistencia de poderosos intereses impidieron la subdivisión y entrega del suelo para su labranza y cultivo. Expuso con claridad sus ideas agrarias. La segmentación de la tierra pública y el arraigo definitivo del colono con su hogar, constituían para él, un modo eficaz de atraer inmigración laboriosa y la seguridad de poblar la vasta extensión del país. Le asusta el campo abierto y el aislamiento de las aldeas. “¡Alambren, no sean bárbaros!”, es su grito civilizador ante la alarma de los dueños de tierras indefensas y un aviso sobre la necesidad de mensurar previamente y trazar límites a la propiedad (4). Dentro del

(3) Véase “Discurso inaugural de la Exposición Nacional de Córdoba”, octubre 15 de 1871. *Discursos Populares*. El Ateneo.

(4) Comenta y aplaude el ensayo de colonización realizado en Chilecoy. Este partido fué poblado en virtud de una ley especial que distribuía la tierra a los agricultores de acuerdo con un sistema similar

marco de sus ideas generales la ciudad es la *civilización*, y el campo, *la barbarie*. Pero es bárbaro el campo sin brazos que lo labore y convierta en un centro de población rural, trabajo y riqueza, y en estación de grandes vías, para facilitar el traslado de los productos y la comunicación comercial y espiritual de los hombres, y, también, en la sede de una escuela para la educación de los hijos de los labradores. Por el trabajo y la escuela, ampliamente difundidos, se salvarían distancias sociales. Las clases se harían penetrables unas a otras por el esfuerzo, único y legítimo camino para ascender en los medios democráticos. Las ideas agrarias y sociales de Sarmiento descansan con firmeza en su fe constantemente confesada de demócrata, que tanto avivó y reforzó su prolongada observación de la vida norteamericana.

La necesidad de poblar el país lo llevó a reflexionar sobre

al establecido por leyes norteamericanas. Sarmiento visita esa población al regresar de Estados Unidos, en calidad de Presidente electo. En esa ocasión, el 3 de octubre de 1868 — nueve días antes de asumir el mando — pronuncia un importante discurso-programa en materia de tierra pública y colonización. “En toda la América del Sur — decía — la tierra ha sido librada al favor sin mensura, sin linderos, sin cercos, único símbolo y sello de la propiedad. Chivilcoy tuvo una ley especial que la distribuyó en proporciones y formas regulares. De manera que en el mapa topográfico, un norteamericano reconocería en él su patria, y así los resultados benéficos de tal ley han asegurado la felicidad de veinte mil seres humanos en solo diez años, puede sacarse la cuenta de los millones de hombres que en igual tiempo, serían propietarios, de vagos proletarios que son hoy, con solo extender sus beneficios a todas las tierras públicas de que la nación puede disponer, legislando con provisión. La República Argentina tiene novecientas mil millas cuadradas y un millón y medio de habitantes ¡Tiene media milla de tierra para cada habitante! En Chivilcoy solo están en relación los habitantes con el suelo que ocupan. ¿Por qué no es Chivilcoy toda la República? Chivilcoy es, como decía antes, un libro abierto cuyas páginas nuestros legisladores pueden consultar con provecho”. Más adelante dice a los pueblos todos de la República que *Chivilcoy es el programa* del Presidente electo, por el cual se transforman los gauchos en pacíficos vecinos “la montonera de ayer” en la “patria de mañana”...

la condición del extranjero en América. En 1853, frente al proyecto constitucional de Alberdi, considera moralmente edificante que se obligue al extranjero radicado a prestar el servicio de las armas. Tres años más tarde juzga como un privilegio de los extranjeros propietarios la exención de acudir a la lucha contra los avances indígenas. Durante su Presidencia se reglamentó el uso de las banderas extranjeras y se dictó la ley de ciudadanía. En los últimos años de su vida, el problema de la incorporación de los extranjeros a la nacionalidad argentina lo apasionó. Han quedado al respecto extensas y luminosas páginas de su briosa pluma. Atacó las escuelas extranjeras sin conexión con nuestras costumbres, instituciones, idioma e historia. La vida nacional debía absorber totalmente al extranjero y convertirlo en un elemento activo e interesado en la vida social y política del país. Poblar no es solamente el aumento numérico de los habitantes, sino eso mismo y el enriquecimiento y la vigorización de las fuerzas materiales y morales de la nación.

Su pasión civilizadora es también vehemente anhelo de organización y unidad. Su valiente carta de Yungay, es una áspera incitación a Urquiza a realizar con urgencia la organización definitiva del país. En el choque violento de las *Cartas Quillotanas* y las *Ciento y una* se refleja la impaciencia de Sarmiento frente al magno problema, tan enardecida como la de Alberdi, su infatigable y elevado contendor. Sus comentarios y críticas a la Constitución son nuevos testimonios de su ardoroso empeño organizador. Soñaba con la unidad argentina y quería ser porteño en las provincias, y provinciano en Buenos Aires, porque por encima de esas escisiones se sentía argentino. El país era un solo suelo, una su historia y una la República. Elegido en 1852 diputado a la primera Legislatura de Buenos Aires, ante la absurda secesión de ese Estado de la Confederación, declinó el cargo con un enérgico documento dirigido a sus electores en que clama por la unión de los argentinos. “¿Quién ha heredado nuestra historia en esa bipartición del Estado?”, se pregunta. “¿Tenemos dos

patrias, dos banderas, dos historias los argentinos! Entre San Juan y Buenos Aires, ¿a quién dejar, a quién seguir?''... (5). Brega por la armonía de las provincias y la unidad política de la nación. El antiguo unitario contra Rosas es el federal de la Constitución y de la nacionalidad.

La pasión civilizadora es también pasión por el orden. El gobierno es siempre autoridad para asegurar la libertad, y la libertad tiene sus límites y garantías en las normas y en la ley. Desde el poder implanta los instrumentos que aseguran el orden jurídico. Pone en vigor los Códigos comercial y civil, organiza el juicio por jurado, suprime la prisión por causas civiles y comerciales, crea el Boletín Oficial y da a la administración la ley de contabilidad. Sarmiento se propone la realización de los valores dominantes en su época — el progreso económico y cultural — por medio de la legislación y la técnica administrativa eficaz.

Sobresale en su obra civilizadora la difusión del libro. A lo largo de su accidentada vida se lo ve como un sembrador que recorre los caminos del destierro o de la lucha con una imprenta a cuestas, y al abandonar el campo de sus hechos deja un libro, una revista o un periódico. Lleva a Santiago de Chile, desde París, a Julio Belin, su futuro yerno y editor. En el ejército de Urquiza contra Rosas, dignifica con su talento la modesta función de boletínero, y es éste uno de los grandes títulos que exhibe la historia de su vida. Proyecta en la Presidencia una Imprenta Nacional y hace dictar la ley que crea la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Instala un centenar de esas instituciones e inunda el país de libros. Acaso no toda la semilla encontró su terreno propicio, pero con Sarmiento, el libro en la Argentina ha dejado de ser la fuente para apagar la sed de minorías, y se ha convertido en un órgano de cultura de alcance universal.

(5) D. F. SARMIENTO, *Obras Completas*. Tomo XVI.

No fué la de Sarmiento una vida entregada exclusivamente al trabajo de la razón. No fué un intelectual puro. Fuertes ímpetus sacudieron su alma. Sus empeños eran, a veces, formas irrazonadas de la acción. Fué esencialmente un apasionado. La pasión fué su debilidad pero fué también su fuerza. Lo enegueció muchas veces y lo llevó a errores. Acaso esa pasión explica, además, ciertas cegueras de Sarmiento. Su idea exacerbada de la civilización y la visión del progreso en algunos países europeos y en Norteamérica lo deslumbraron. Talvez por contraste, no le dejaron reconocer, junto a lo primitivo, el lado noble que trasunta la vida autóctona, y le hicieron ver sólo el aspecto bárbaro de los caudillos, que con tanta vehemencia fustigó. Una ceguera lo llevó a señalar preferentemente defectos y atrasos de la España que visitó, sin destacar los grandes valores latentes en su historia y en su literatura. Pero esa pasión es también su defensa. Justifica sus desaciertos y salva sus lados vulnerables. Esa pasión por constituir una civilización argentina fué su resorte supremo. Le aseguró su invariable dirección de luchador, y a ella todo se subordinaba, sus ideas, su posición espiritual y sus decisiones (6). La pasión le dió fecundidad. Es una llama que enciende y unifica sus ideas y sus actos. Ensancha su inteligencia, sus sentimientos y su voluntad. Alienta toda su personalidad y la mueve de un modo irreductible. Traduce en hecho caluroso lo que piensa, sin vacilación, como si cumpliera un designio inexorable. Hay algo de fatalidad ineludible en el instinto civilizador — en el “daimon” — de Sarmiento.

(6) Ricardo Rojas, que ha estudiado profundamente el espíritu de Sarmiento, ha mostrado, con elocuencia, cómo por debajo de sus aparentes contradicciones, de sus fáciles cambios externos, hay en lo íntimo de su ser una fuerza inmutable. “¿Cual es pues su *dogma*? — dice —. Ninguno. Una *pasión* es la que tiene: organizar la República Argentina y hacerla teatro de una civilización cristiana, democrática, moderna”.

Historia de la Literatura Argentina. Tomo III. La Facultad. Buenos Aires, 1920.

La pasión desborda su capacidad y exalta sus poderes. Sin ella su genio no habría sido tan creador y su influencia impecederera. Sarmiento no estaría hoy vivo como está. Tan vivo está que provoca reacciones como en sus viejos adversarios y al mismo tiempo el conmovedor homenaje del país y de América, con los contornos de una apoteosis. Su pasión se hizo misión, destino. Fué la suya misión apasionada, tanto en la destrucción como en la construcción, acaso, más en aquella que en ésta, porque no habría podido levantar las moles de su empresa civilizadora sin destruir y aniquilar, de antemano, vicios y costumbres arraigados. Es la suya pasión con fuerza creadora. La creación lo serena. Logrados sus propósitos la pasión se atempera y comprende con más claridad los hombres y acontecimientos. Por eso fué apasionadamente enemigo primero y amigo después de Urquiza. Por eso pinta en su juventud con trazos negros y hasta con odio a Facundo y Rosas, y en su vejez se le ve llegar una tarde a la tumba de Quiroga con el alma conciliadora, y pronunciar tranquilas palabras sobre Rosas en el destierro y en la muerte.

No era una naturaleza metafísica. No forjó un sistema de ideas universales como lo hacen los filósofos. Tampoco era un místico, aunque trabajaba y escribía con el fervor de un místico. Tenía la inteligencia de un positivista y el alma de un cristiano. Su amor recuerda al de San Francisco, porque no se detenía solamente en los niños, sino que alcanzaba también a los animales y a las plantas. Era soñador, pero tejía con hilos arrancados de la realidad. Conocía el país en sus apariencias y en sus entrañas. Eso lo distinguía de Rivadavia, que tuvo la ilusión de que la atrasada y agitada vida argentina se adaptara a los esquemas adelantados del viejo mundo. También Sarmiento quería europeizar, porque llevaba en sus ojos la imborrable visión de la civilización europea y norteamericana. Pero para él europeizar no era imitar pasivamente. Era crear, por la sugestión y estímulo de los pueblos civilizados, un sistema y un orden propios adecuados a nuestra informe realidad. Fué así un pensador apasionado de

nuestra realidad social y política. Sus preguntas de 1858: “¿Quiénes somos? ¿Adónde vamos? ¿Somos una raza? ¿Cuáles son nuestros progenitores? ¿Somos nación? ¿Cuáles son sus límites?” están implícitas o explícitas en sus trabajos anteriores y posteriores a esa fecha. A cada instante desarrolla respuestas concretas, circunstanciales. Sus reflexiones son, generalmente, locales. Su época y su patria son los ejes de sus meditaciones. La guerra civil y el desierto, expresión de incultura y barbarie, y la inmigración y la escuela, armas indispensables para vencerlas y crear la vida civilizada, constituyen el juego de sus ideas dominantes, la materia de su prédica y labor de cuarenta años continuos. Sistema simple para un pensador exclusivo, pero fundamental para servir de doctrina a un hombre de acción poderosa en la hora y en el medio en que Sarmiento actuó, luchó. Cuando escribe es hombre de acción. Es un escritor militante. Sus ensayos, artículos o libros tienen alcance inmediato. Sus páginas tienen empuje; están poseídas de movimiento. El las siente así y dice que no escribe sus libros, sino que los lanza. Lanzaba libros como quien arroja flechas contra algún centro, sobre algún blanco. *Facundo*, *Mi Defensa*, *Recuerdos de Provincia*, son contestaciones, réplicas, reacciones ocasionales. La vida para él no fué quietud, sino beligerancia, pujanza incontenible. Le faltó reposo para una orgánica producción intelectual. Su vasta obra de publicista es inconclusa y fragmentaria, y a la vez severa, llena de titánico vigor. Sus libros encierran comentarios accidentales y también páginas de valor eterno por la fuerza de la pasión que las ha inspirado y por su extraordinaria aptitud literaria. Esta alcanza en la descripción del paisaje, en el retrato o en el relato anecdótico, un rango no superado en nuestra literatura.

No vivió fríamente, sino siempre caldeado por su ardiente pasión de civilizador, y por las pasiones accidentales que la lucha encendía y apagaba en su alma. No fué, por eso, la suya una vida lógica, es decir, perpetuamente idéntica a sí misma. Era movida por el flujo y reflujo de la historia. Su

exaltada aventura civilizadora da a la vida de Sarmiento rí-
guosa continuidad.

Había, asimismo, largas distancias entre la realidad del país y sus proyectos civilizadores. Distancias difíciles pero salvables. Era un eterno disconforme que nunca se abatía. Su dinamismo extraordinario y su recia voluntad, lo llenaban de confianza en sí mismo; y todo ello, unido a una profunda intuición histórica, vencían al final. Presentía los acontecimientos con rara certeza. Predijo veinte años antes su elevación a la Presidencia de la República. Alcanzaba a ver o comprender lo que era inaccesible para la mentalidad común. Es éste un rasgo del genio. Describió la pampa en *Facundo* con acierto sorprendente, siete años antes de conocerla, y únicamente ayudado por limitadas lecturas o referencias orales, y un veloz viaje a Córdoba, allá en su juventud. Hasta entonces no había sido sino hijo y morador de la montaña.

Tenía un concepto material y pragmático de la civilización que, acaso, hoy ya no prosperase como en su tiempo. No definía por eso a la civilización de un modo conceptual y determinativo, sino mediante fórmulas concretas y enunciativas que se repiten a través de su copiosa obra. “Civilización — dice — es afirmar el imperio de la ley y de la autoridad constituida, educar las masas por la escuela primaria, abrir los puertos y los ríos al comercio universal, construir caminos y vías férreas, fomentar el arraigo de nuevos colonos, remover todos los obstáculos morales y materiales a la libre expansión de las fuerzas económicas”. Preconizaba el mejoramiento de las costumbres, de los hábitos y de las instituciones para asegurar el bienestar material que sirve de base a la vida moral. No concebía la vida como un juego de medios solamente, sino también como un sistema de fines, de fines morales. Su vida entera fué una lección moral. Ha transcurrido medio siglo, y los instrumentos que el progreso ha incorporado a la vida moderna crearon comodidades y facilidades necesarias, pero han reducido la vigencia de los fines sobre los medios. La vida práctica, el trabajo técnico, las máquinas, los valores uti-

litarios generan especiales intereses y despiertan nuevas pasiones. Como herederos de Sarmiento necesitamos realizar desde el campo de la cultura un trabajo enérgico para hacer de cada vida individual no sólo una habilidad manual o profesional, económicamente amparada, sino una existencia humana intensa, preocupada y movida por altos valores del espíritu, de la cultura y de la historia. Necesitamos alejarnos, cuanto antes, de lo que él llamó la era cartaginesa.

Construía de acuerdo con las normas de la civilización. Sus construcciones son ideas convertidas en realidad, en acción. ¿Qué son sino eso las escuelas, academias, institutos, bibliotecas, ferrocarriles, sus doctrinas políticas, económicas y jurídicas, sus polémicas y sus silabarios? Las ideas no eran en Sarmiento meras abstracciones. Las sentía. Vivía las ideas, las practicaba o realizaba. “La falta de ideas es la barbarie pura” —decía. Conduce a la inacción, que es un signo de vida atrasada. La conciencia del trabajo debía ser la nueva espiritualidad del país. Quería que nuestro pueblo fuese una comunidad de labradores materiales e intelectuales. Desbordaba en su combate contra la indolencia nativa, heredada de hábitos hispanos o de costumbres aborígenes. Prefirió la inmigración procedente de pueblos activos, laboriosos. Era dueño de una potencia capaz de producir obras que subsistiesen. Se considera que el genio hace lo que los demás no hacen, y por eso también al genio se le permite lo que a los demás no. Los genios son arbitrarios, incomparables e incompatibles con los demás. Chocan en su medio. Así era Sarmiento. Provocaba la incompreensión y fomentaba burlas y diatribas que le sirvieron más de una vez de amargo contorno a su tormentosa vida de luchador y a los días de su heroica vejez. Inadaptable a ciertas reglas de la convivencia y sociabilidad, llamaba a las cosas por su nombre verdadero, sin reticencias. “Dios guarde a Ud., señor insolente”, es el saludo con que responde a la osadía de un político del interior. Provocaba fuerte malestar a su alrededor. Se le creía excéntrico. “El loco Sarmiento” lo llamaban sus enemigos, y él también se

llamaba así. Pero la justicia y la gratitud no tardaron en borrarle los insultos. No esperaron, siquiera, la muerte. Antes de morir, vivió Sarmiento una ancianidad consular (7).

No tuvo partido político ni lo hubiera podido tener. Su superioridad y su carácter no atraían sino en el trato íntimo. Inspiraban, en cambio, respeto y admiración. Vanidoso, a veces intencionadamente vanidoso, pasó por megalómano; pero admiró a grandes hombres; entre nuestros próceres a San Martín, Rivadavia y Paz. Escribió un libro sobre Abraham Lincoln, para exponer su vida como ejemplo, y otro sobre la vida y obra de Muñiz, como ya dije, para ofrecer al mundo intelectual sus méritos de sabio e investigador. Antes, en Chile, había encomendado la traducción de la vida de Franklin, para propagar su conocimiento y su influencia moralizadora que tanto había gravitado en la suya.

Se equivocaba muchas veces y tantas se rectificaba. También demostró que dos figuras superiores pueden convivir y actuar conjuntamente aunque tengan ideas y creencias opuestas, porque la recíproca comprensión las acerca. El, que fué firmemente liberal ante el problema de la enseñanza religiosa, designó Ministro de Instrucción Pública a Nicolás Avellaneda, católico decidido, con quien más tarde polemizó sobre esta

(7) En 1884 realiza, después de veinte años de ausencia, su último viaje a Chile, el hospitalario país de su largo exilio. Llevaba la misión oficial de negociar un arreglo que asegurara la traducción al castellano de libros de interés y la proporción con que cada país contribuiría al costo de las ediciones. Era éste un nuevo jalón de su larga cruzada civilizadora. Chile le dispensó extraordinarios agasajos que conmovieron su alma de luchador. Le ocurrió lo mismo en su viaje del año anterior a Montevideo y en el de 1886 a Tucumán y Salta. En todas partes era recibido con entusiastas aclamaciones. Los niños de las escuelas victoreaban su nombre conocido por todos. La juventud le tributaba homenajes significativos. Eran cosechas de su obstinada siembra.

En septiembre de 1884 se sanciona la ley que, por iniciativa del Presidente Roca, dispone la edición oficial de sus obras completas y que se cumple más tarde. Su nieto Augusto Belín Sarmiento realizó la compilación en 53 tomos.

misma cuestión ⁽⁸⁾. Es que la tolerancia de las ideas es la más grande de las tradiciones argentinas, que él contribuyó a formar con su ejemplo.

(*) En cuanto al problema de la enseñanza religiosa ofrece estos antecedentes: En 1844 en Chile, tradujo y adaptó para las escuelas "La conciencia de un niño", y más tarde, "La vida de Jesucristo", que tenían por objeto iniciar a la niñez en la instrucción religiosa y en la moral cristiana. Estas cartillas fueron ampliamente difundidas durante cuarenta años en aquel país. Se adoptan también en el nuestro, siendo Sarmiento Jefe del Departamento de las Escuelas en 1857. En 1859 como Director General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires dirige a los maestros primarios la circular del 12 de marzo que contiene instrucciones sobre la enseñanza y práctica obligatoria de la religión católica. Esta circular fué dictada bajo el imperio — como él lo ha afirmado en el tomo 48 de sus *Obras Completas* — de la Constitución provincial vigente, que declaraba a la católica como religión de Estado.

Con motivo de los debates públicos y parlamentarios que se suscitaban en 1883, alrededor del proyecto de ley de educación común, sancionado al año siguiente, actualmente en vigor, tomó decidida posición del lado de los partidarios de la escuela laica. Aunque no desempeñaba en esa fecha función oficial alguna, participó de la tremenda lucha que esa cuestión desencadenó. Fué ardoroso defensor del laicismo. Recibió ataques enconados que encendieron su cólera de viejo educador. Desde "El Nacional" contestaba con brío y a veces con violencia. Discutió serenamente con Avellaneda. Este publicó su folleto "La escuela sin religión", al que Sarmiento respondió con el suyo "La escuela sin la religión de mi mujer". Fué respetuoso de las creencias religiosas y no combatía, sino fomentaba, esos sentimientos. Entendía por escuela laica, no a la escuela sin religión, sino a la que ofrece un ambiente de respeto a todos los credos y de igualdad en cuanto a su enseñanza. En su discurso del 21 de julio de 1883, pronunciado ante una manifestación de la juventud, dijo: "Doté en Chile a las escuelas de los libros de moral cristiana que el clero colonial no había provisto. Esos libros están usados en nuestras escuelas aquí, y yo recomendaría a los padres de familia los hagan leer a sus hijos. La ley que defendemos no prohíbe, no excluye, sino que asegura a todos su derecho". No quería que la ley hiciese prevalecer, con exclusión del derecho igual para otros, la enseñanza de determinado culto. Sostuvo el principio de la neutralidad y mereció la consideración de prestigiosas figuras del catolicismo, adversarios en esta lucha, como José Manuel Estrada, Félix Frías y otros.

Su intensa vida íntima es otro rasgo fuerte de superioridad. *Recuerdos de Provincia* es la evocación conmovedora de su infancia, de su hogar, de su terruño. Allí aparece como una sublime definición de sí mismo la actitud ante su madre. “Lo que soy es por ella, y soy la menor de sus obras” — dice —. *La vida de Dominguito* revela uno de sus afectos entrañables. Con Manuel Montt, en la expatriación, y con Vélez Sársfield y el tucumano José Posse, en los años del poder, fortaleció una amistad incommovible que prueba la firmeza de sus sentimientos.

Rasgo de superioridad es también la perseverancia que revela en todas las empresas en que tomó parte o inició. La pasión que lo movía prolongaba sus esfuerzos y sostenía su fe hasta el éxito final. Es protagonista en la lucha contra Rosas, en los años de la tiranía, desde el periodismo o con las armas. Inicia esa lucha durante su juventud en San Juan, la sostiene con fiereza en el destierro y la concluye cuando redacta y firma con la misma pluma de Rosas, sobre su mesa, en su residencia de Palermo de San Benito, el parte de la batalla de Caseros que puso término a tan largo poder. Ninguna dificultad lo arredraba. Sus empresas tenían principio y fin. Su campaña pedagógica es una lección incomparable de decisión y confianza. Le consagró toda su existencia. Es tenaz en la realización de sus propósitos. Las ideas sobre los medios de desenvolver las riquezas y la civilización del país, que aplica en su gobierno con resultados positivos, las sostuvo con firmeza, públicamente, durante treinta años.

Sentía anhelo de grandeza, pero no la esperó, porque sabía que sin conquistarla no llega. La buscó en la lucha porque para engrandecerse era necesario esforzarse y sufrir. Su vida es la del errante y animoso combatiente cargado de angustias, dolores que crean. Pascal afirmaba que sólo los dolores llevan adelante. Ese fué su destino; lo cumplió y ha quedado como una enseñanza de heroísmo.

Su pasión fué sostenida por su larga juventud. El corazón y el alma nunca envejecen, decía. Se explica así su capa-

ciudad no igualada de trabajo. Las noches y los días no se separaron muchas veces por el descanso. Aseguraba que la intensa labor intelectual prolonga la vida.

Esta ciudad recibió a Sarmiento varias veces en su seno. Pleno de ánimo, vino como constituyente a la histórica convención reformadora de 1860, que selló la unión de los argentinos, ardua empresa en la que descolló con acendrado patriotismo. Cuando era Presidente, con motivo de un viaje al interior, en 1870, visita Rosario y se detiene en esta capital. Conoce algunas colonias agrícolas vecinas. Pasa después a Entre Ríos y visita a Urquiza en su residencia del Palacio San José. Recibió en todas partes grandes aclamaciones que lo retemplaron para proseguir su obra de gobernante. Estimuló a los agricultores y se reveló satisfecho por las mejoras y el progreso que observó en la vida del campo. En carta a Posse, fechada en Rosario el 24 de enero de 1870, le dice que en este pedazo de la pampa hasta Córdoba, va a constituirse “una nueva sociedad”, después de destronar al gaucho y a la montonera. Sospecha que su destino va a cumplirse, y las esperanzas puestas en su gobierno quedarán satisfechas con la transformación de la colonia española en brevísimo tiempo. Atribuye a su viaje un alcance profundo: “Creo — dice en la misma carta — que este viaje es el punto culminante de mi vida y el de partida de mi administración. Veo claro y despejado el camino”. A fines de 1883, ya viejo y glorioso, llegó, sin representación oficial, movido por una espontánea emoción, para despedir con su serena palabra los restos de Simón de Iriondo, el ilustre ciudadano y gobernante santafesino, a quien admiró como propulsor de la colonización y cultura de la Provincia y defensor de la unidad nacional.

El país entero dedica hoy fervoroso recuerdo a su vida y a su obra. El Gobierno de Santa Fe ha dado a este homenaje el alcance expresado en su decreto y la trascendencia que revisten los actos que se están realizando. La Comisión Provincial de Homenaje, que tengo el honor de presidir, ha que-

rido rodear esta ceremonia de alto significado intelectual. Por eso ha invitado a un historiador. Pero, para hablar sobre el alma de Sarmiento, llena de esa pasión que fué fuego de su vida; para hacer la historia de un alma, influida por los más poderosos y variados elementos del cosmos y del tiempo, era necesario que el historiador fuese también poeta. Por eso está hoy, entre nosotros, con tan superior encargo, Arturo Capdevila, uno de nuestros mayores poetas actuales, expresivo de nuestra cultura y de nuestra nacionalidad.

Con la vida de Sarmiento nos queda el recuerdo de un maestro en el más alto y amplio sentido del término. Iluminó una época, impulsó generaciones, impresiona nuestros días. Sarmiento constituye una época. Encarnó los ideales del "progresismo" que caracterizaron a los hombres de su generación, pero los sostuvo y realizó con extraordinaria pasión. Quiere apasionadamente las cosas y las soluciones y sin demora las alcanza y ejecuta. El es toda su época. Error es juzgarlo como si hoy existiese. El mismo sería distinto porque entendía la realidad social, y ésta hoy es otra. Estaría lejos o cerca tal vez de los que aún lo combaten. Muchos rasgos de nuestros días no favorecen las existencias superiores, originales. El advenimiento de las masas ha hecho que la vida de los demás sea la de uno; ha traído el reinado de la impersonalidad. No hay estímulo para el desarrollo de las fuertes individualidades. Sarmiento se hubiera impuesto lo mismo, por el alcance de su genio y la fuerza de su pasión, pero sus esfuerzos habrían sido más dramáticos porque los obstáculos son mayores. La época de Sarmiento, en cambio, está llena de hombres grandes, que son, inclusive sus adversarios, incentivos para la lucha, y emulación para su vida espiritual. Actúa la generación del 80, que orienta el país desde el gobierno y con el pensamiento. Está formada por ese brillante grupo intelectual y político del que él es eje, y que preparó su ascensión al más alto poder de la República.

Debemos mirar a Sarmiento como fué, incansable y fuer-

te, y no perder el orgullo de haberlo tenido. Por la época en que era Ministro en Norteamérica una prestigiosa revista suiza coloca su nombre, ya conocido en Europa, entre los "apóstoles de la civilización" de su siglo. Vienen después los veinte años de labor pública, que fué gigantesca. A nada conduce señalarle solamente errores, accidentes de su larga batalla. Solo demostraríamos no ser posteridad reconocida, y eso sería grave para nosotros mismos, para nuestro país, y para nuestra época. En lo esencial de su vida, es grande, y en lo fundamental, su obra es imperecedera. Figuras como ésta y las de otros que sirvieron al país con amor tan patriótico como el suyo, son puntales inmovibles levantados por la historia para sostener la grandeza creciente de la Nación, el porvenir de un pueblo en marcha, tal como él lo vió.

Sentía el país a través de su historia y de su realidad, y anunciaba su porvenir. En su alma ardían los anhelos de la nacionalidad, y tenía clara conciencia de ello. Mary Mann, su dilecta amiga y colaboradora, le escribía: "No es usted para mí un hombre, sino una nación". En efecto, su pasión civilizadora sirvió, sin tregua, al destino de su patria, y podríamos, por ello, definir a la nuestra como la tierra de Sarmiento. Sus profecías se han cumplido o se están cumpliendo.

JUAN MANTOVANI